
Crisis de la política, crisis de las organizaciones

Arnaldo Córdova, *En una época de crisis (1928-1934)*, volumen 3 de *La clase obrera en la historia de México*, México, Siglo XXI Editores e Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, 1980, 240 pp.

Ningún otro título podría resumir más acertadamente el contenido de la época que analiza en esta ocasión Arnaldo Córdova. Crisis de la política, crisis en la organización de la sociedad, crisis económica son los síntomas de esos años conflictivos de la construcción/reconstrucción del Estado mexicano. Tiempo de los hombres de la Revolución que se institucionaliza, señoreado por pugnas palaciegas, por alianzas políticas y por componendas del nuevo grupo dirigente. Momento de gran efervescencia de las masas, los campesinos y los obreros se hacen presentes como actores fundamentales en una sociedad que nace. Presencia que da forma y contenido a los proyectos políticos de los distintos gobiernos desde el constitucionalista hasta el cardenista con sus diferencias y especificidades.

Este tomo 9 de *La clase obrera en la historia de México*, proyecto coordinado por el doctor Pablo González Casanova, resulta muy oportuno por la carga polémica que el autor ha sa-

bido imponer a toda su obra; así como por su empeño en hacernos vivir el presente con toda su carga histórica.

Destaca entre los principales aciertos de este libro: 1] La descripción y análisis del proceso que va desde la desarticulación de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), luego del asesinato del general Álvaro Obregón, hasta la constitución de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), mostrada en breves trazos con su gran capacidad organizativa y su ideología entre las más avanzadas de la época; 2] Esto nos lleva a un segundo aspecto centrado en la caracterización de Vicente Lombardo Toledano y del lombardismo; el autor nos guía por las huellas del desarrollo ideológico del más grande líder del movimiento obrero: "El rechazo lombardista a la 'política', que por mucho tiempo fue la enseña del nuevo dirigente, era a la vez un rechazo al Estado y al modo como los gobernantes conducían al país: era la exigencia de una total autonomía de la organización sindical respecto al gobierno para que aquélla pudiese plantear su lucha reivindicativa que la crisis ponía a la orden del día" p. 153).

Quizás imbuido por una concepción no tan rigurosa del leninismo,

habría que preguntarse si Lombardo no confundió la participación en el Estado con el quehacer político y su posición no creó más extrañeza y desconcierto en la clase obrera. Queda así como algo fundamental de su pensamiento el no presentar como antagónicos los valores del pensamiento marxista —como él los entendió— con los de la Revolución Mexicana.

Entre los años que el autor analiza se dio uno de los momentos más importantes de la reorganización de la clase obrera (y campesina, hay que decirlo); tocada por la crisis económica más fuerte del sistema capitalista mundial, sólo parecida a la que ensombrece el presente, la clase obrera fue capaz de sortear también la crisis política y salir adelante en su organización pese al desconcierto y los continuos cambios del ejecutivo durante ese período conocido como el "maximato". Con la presencia indiscutible, aunque siempre muy criticada, del general Plutarco Elías Calles por encima del presidente en turno, la clase obrera fue encontrando un camino de cierta autonomía del Estado, proceso que encontraría su clímax en el cardenismo para convertirse después en una virtual dependencia entre Estado y clase obrera.

Estos razonamientos conducen a lo que encuentro más central en el análisis de Arnaldo Córdova, su concepción del poder y en consecuencia, del Estado. La realidad nacional marca. Es decir, difícilmente podemos compartir la teoría clásica del Estado; es posible apoyar en ocasiones nuestros juicios en la concepción gramsciana de la política, pero cómo resolver la relación entre los hombres y el Estado, particularidad del pasado y del presente de México. Por eso nuestra historia está repleta de "ismos" personalizados: callismo, obre-

gonismo, cardenismo... Así, de pronto pareciera que el Estado funciona gracias a la presencia de Calles o de Cárdenas y sólo con dificultad llegamos a manejar las relaciones y las alianzas con las clases que permitieron a esos hombres conducir las riendas del poder.

Resulta de gran interés comprender que Calles —y el autor así lo ejemplifica—, aun después de perder el apoyo de la CROM y de los políticos que deambulaban a su alrededor, pueda más adelante resarcirse de semejante pérdida y constituirse en el jefe máximo de la Revolución. Es pertinente recordar que el "desmoronamiento" de la CROM desembocó en la creación del Partido Nacional Revolucionario, hecho por demás significativo en la vía a la institucionalización del país. Pero ¿cómo entender ese oportunismo y visión futurista de Calles? Al parecer fue justamente la ruptura con su anterior base de apoyo lo que permitió a Calles rearticular el consenso de las diferentes facciones y erigirse como "...el verdadero árbitro de la política nacional, por encima de los grupos revolucionarios" (p. 33).

Sin duda el análisis de Córdova se acerca más a ese punto tan difícil de abordar en los estudios históricos del país, a saber la interrelación Estado-clases. Quizás el apresuramiento llevó a la conclusión más rebatible: el de la unidad indisoluble del Estado y la clase obrera, cuando resulta evidente que se trata de controles diferentes y complejos que necesariamente una organización más madura de la clase obrera, aliada al campesinado y a las fuerzas progresistas, tendrá que romper.

José María Imbornón